

La tentación canovista

SIN embargo, cuando acaban de aparecer compendios (1) todas esas crónicas, desde el caluroso 13 de julio de 1977 —con unos parlamentarios rígidos, envarados, pendientes de una posible y quizá primeriza aparición ante las cámaras de RTVE—, hasta el 6 de abril del presente año, donde Víctor Márquez deja a los senadores aplaudiendo y en el Congreso aparece la "reforma rupturada", la labor del cronista toma otra dimensión. Es un compendio para la Historia.

Uno de los éxitos de los "Apuntes Parlamentarios" ha sido, sin duda, el lenguaje. El de Víctor Márquez es rico y creativo, es, en definitiva, revolucionario (entendámonos, revolucionario en cuanto a creatividad, a dinamismo, que el autor es hombre moderado, más bien clásico). Algunos términos como *ucedeos*, *apeos*, *culiparlantes*, "reforma rupturada", "el voto con cabreo", etcétera, han sido asumidos ya por el resto de la prensa, que los maneja como propios. Esa riqueza terminológica no roza en ningún momento la cursilería, todo lo contrario, el estilo es directo, zumbón, andaluz como han querido ver muchos. Compendiados y con un índice onomástico que permite ver la frecuencia con que los líderes y cabezas de grupo actúan en el hemicycleo o en las bancas enfrentadas del Senado, los "Apuntes Parlamentarios", suponen una jugosa labor interpretativa de lo que ha sido el primer año democrático español.

Se unen, por la habilidad narrativa de su autor, en una sola crónica la realidad parlamentaria actual —pobre, indecisa, pero la única posible— con los grandes parlamentos de la Segunda República, con el nomadeo partidista de la Restauración, con las Cortes de Cádiz. Camuñas no es sólo Camuñas, lo que ya de por sí supondría un fenómeno extraordinario, sino que Camuñas entra y sale de la Historia, es comparada y figurón con Cánovas, aletea junto a Lerroux en los años treinta, es vocero de alguna Junta en las Constituyentes de Cádiz. Alfonso Guerra —uno de los prologuistas del libro—, el látigo del PSOE, reencarna a Largo Caballero, a Sagasta o a los jóvenes gesticulantes del mayo francés. Tiene —dice el autor— la curiosa facultad de herir a alguien a la quinta palabra que pronuncia. Pérez Llorca —otro de los prologuistas del libro— es definido como pesimista histórico. En ocasiones aparece como el gran forjador de la derecha, como un Calvo-Sotelo soltando la perora-

No resulta ninguna novedad para el lector de TRIUNFO comentarle los "Apuntes Parlamentarios" de Víctor Márquez Reviriego. Son, a no dudarlo, una de las claves básicas del entendimiento entre este semanario y sus lectores. Se presentan como la respuesta irónica, mordaz, pero eminentemente constructiva que TRIUNFO da a la vida parlamentaria, plena de fáciles interpretaciones en las que siempre se ha evitado caer.

REGISTRO INMISERICORDE DEL PARLAMENTO

FERNANDO GONZALEZ



El autor, con tres parlamentarios andaluces: el poeta y diputado malagueño Rafael Ballesteros, el presidente de la Junta de Andalucía y senador por Sevilla, Fernández Viagas, y el senador por Almería, Joaquín Navarro Estevan.

ta sobre las maldades de la izquierda, como un José María Gil-Robles martillo de herejes. A veces es un joven ejecutivo que saborea displicentemente un whisky en el bar del Congreso, con el cabello entrecano y un impecable terno de corte italiano.

Con Fraga, naturalmente, hay que remontarse a Cicerón. Víctor Márquez adelanta o retrocede en la Historia con absoluta facilidad. Los personajes de las Cortes toman dimensiones diversas en función de la especialísima óptica del cronista. El resultado es un óptimo relato, una aguda disección de la clase política y un pobre espectáculo del que, naturalmente, no es culpable el apunador. El Congreso —y no hay otro— no da para más. El Senado

no tiene, ni aparecen trazas de tenerlo, definido su papel. Los hay que optan por un sueño reparador, por un sueño histórico en espera del príncipe encantado —o de una premeditada e irrevocable ventosidad del senador por designación real Camilo José Cela— que venga a despertarlos.

Al adentrarse en sus crónicas, Víctor Márquez va adquiriendo seguridad en su propio lenguaje: de "ucedista" —lo que implicaría una concepción partidista propia de un grupo político definido— se ha pasado a "ucedeo", que da más la connotación de clan, de tribu cananea o saducea y que, en última instancia, define con más precisión a la amalgama de las gentes del Gobierno. Los "culiparlantes", término que el cronista toma de las Cortes de Cá-

diz, empleado por Charles Le Brun, son, junto al trasero latifundista de Gregorio Peces-Barba, algunos de los matices netamente hispánicos, desgarrados, que salpican las crónicas. No se evita, sino que se resalta el error, la sátira, la burla cruel. Son, no lo olvidemos, unas Cortes españolas, plenas de humor negro.

Podrían algunos tachar al cronista de parcialidad, de tendenciosidad. Es cierto. Sin embargo, no es esta parcialidad partidista, es, más bien, parlamentaria. Víctor Márquez es, con todas sus críticas, su lenguaje florido y andalucista, con su regusto por el pasado, un decidido defensor del parlamentarismo. Eso se adivina desde la primera crónica, "La tentación canovista", que da nombre al libro. Consciente de sus lacras y pobreza, de sus miserias y "pactos in pectore", el cronista apuesta por el debate abierto, por la representación derivada del sufragio universal. Hay un cierto paternalismo encubierto en sus reproches a los parlamentarios discolos, a los congresistas de segunda, ocultos en la manada del PSOE o la UCD. Hay un respeto a la Historia cuando describe el silencio que arropa el descenso de Dolores Ibárruri hasta la mesa presidencial.

A través del lenguaje irónico, en ocasiones irreverente, de Víctor Márquez se plasma el largo año de la democracia en consolidación —posiblemente la palabra más manida de la actual política—, las vueltas y revueltas de los nuevos políticos, bisoños, con lentes de misacantanos, con barbas aún de protesta, y las viejas caras de los antiguos, de un Fraga entirantado, vocinglero, tragapalabras ("el alfabeto es mío", apunta el cronista); de un Silva Muñoz con tupé democrático, gafas de concha y semblante bávaro; de un Carrillo conciliador con maneras de estadista, resignado a minoría bullanguera. Los silencios tediosos del Senado, las algaradas de los plenos del Congreso, del caso Blanco, hoy ya olvidado —parecía que la Tierra iba a temblar—, del caso Moro (había moros en la costa, muchos, tantos que consiguieron un tratado pesquero forjado con la fuerza y el vozarrón de UCD), todo un dilatado año queda reflejado en un libro que, entre otras motivaciones, nos evidencia que la capacidad de olvido de la sociedad de consumo es infinita. Son necesarios los libros, los recuentos día a día, para darnos la dimensión de nuestra realidad, para no caer en la amnesia "democrática". Y Víctor Márquez, fiel a los lectores, nos lo recuerda en sus "Apuntes Parlamentarios". ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.

(1) "Apuntes Parlamentarios. La tentación canovista". Víctor Márquez Reviriego. Editorial Saltés. Madrid, 1978